

Cuando mascar el aire los veía,
como el que sed y calentura siente,
mirando á Honorio, Paz le repetía:
— Odia el crimen; perdona al delincuente... —

Ven luego una mujer que á cada instante,
lanzando en derredor una mirada,
derramaba, feroz, sobre su amante
la luz de una espantosa llamarada,

Y porque Paz á la mujer provoca
la causa á referir de sus enojos,
les muestra una expresión de furia loca,
que enrojece hasta el blanco de sus ojos.

PILAR MONTESA

Y así luego sus iras y sus penas
los refiere Pilar con arrogancia:
«Yo empecé á amar á este hombre cuando ape-
salía de los juegos de la infancia. (nas

»Él, única ilusión de mis sentidos,
yo, la sola esperanza de su pecho,
en cuerpo y alma para siempre unidos,
fué un sueño nuestra vida, el mundo un lecho.

»Andando el tiempo, sin pasión alguna,
á este hombre, indigno de las ansias mías,
ya la ilusión le pareció importuna,
como odioso el deber en otros días.

»Huyendo poco á poco de mi lado,
con ninguna pasión y mucho celo,
cobarde, arrepentido y confesado,
dejó mi amor por el amor del cielo.

»Ignoraba que hubiese, el alma mía,
más Dios que su pasión, pues de tal modo
adoraba á este infame, que creía
que un puro amor es religión y es todo.

»Pasó el tiempo, y de nuevo arrepentido,
ya con mucha pasión y poco celo,
á mis pies confesándose rendido,
por volver á mi amor dejó el del cielo.

»En la cita feliz del primer día,
al mirarle de nuevo condenado,
y al ver que, contemplándome, sentía
ese horrible placer que da el pecado,

»Desenvaino un puñal, beso su frente,
le parto el corazón, y así le digo:
— Sé mío, y no de Dios, eternamente,
hoy que estás mal con Dios y bien conmigo. —

»Y acabando también mi inútil vida,
nos unió para siempre el sueño eterno:
no me llevó él á un cielo arrepentida,
mas vine yo con él á un mismo infierno.

»¡Súfreme aquí, por mi desprecio honrado,
amante desleal, cristiano impío,
Ni perdono, ni olvido que has dejado
por el amor de Dios el amor mío.»

Dice, y con ojos de furor devora
al objeto infeliz de sus amores,
y alejándose altiva y seductora,
marcha gentil como quien pisa flores.

Y dice el hombre á Paz: «La desdichada
no sabe amar sin fiebre; y ten en cuenta,
que al hacer lo que ha dicho, fué arrastrada
por la furia de amar que la atormenta.

»Me asesinó; mas en aquel instante
la cegaron su amor y su fiereza:
estaba triste, y en el alma amante,
¿quién sabe á lo que arrastra la tristeza?

»Pero, como han de ser, cuando han sufrido,
los que han amado mucho, perdonados,
voy rezando tras ella, arrepentido,
en justa expiación de sus pecados.»

Y mientras, de ella en pos, él la seguía,
llorando de ella y de él los muchos duelos,
¡Padre nuestro, — mirándola, decía, —
que estás, — siguió, alejándose, — en los cielos!!!

ESCENA XXXIX

El pecado de la ira (SEGUNDA PARTE)

LUGAR DE LA ESCENA: *El cadáver de un astro*

PERSONAJES

PAZ.—HONORIO.—LA MARQUESA DE ASTORGA.—DON FER-
NANDO RUIZ DE CASTRO

ARGUMENTO

Siguiendo su marcha por el purgatorio de la ira, se encuentran entre los celosos á la Marquesa de Astorga, la cual dió de comer á su marido el corazón de un amante; y después á don Fernando Ruiz de Castro, gobernador de Toledo, que hallando una noche en su jardín al Conde D. Vela hablando á solas con Fortuna, dama de su mujer Estefanía, creyendo que era ésta, mató al Conde, subió al cuarto de Estefanía, y aunque la halló dormida, pensando que fingía el sueño, la asesinó. Aparece Fortuna disfrazada con el traje de Estefanía, y después de confesar á Castro que su mujer es inocente, y que la culpable es ella, se arroja al río Tajo.

Cuando los dos, sin luces ni senderos,
por aquel sol fosilizado andaban,
bajo el pie de los pálidos viajeros
los huesos de los muertos resbalaban.

Creyendo encontrar hombres, hallan fieras
en el planeta aquel, que parecía
un cadáver perdido en las esferas,
en medio de una atmósfera sombría.

En vano es que se mire, y el gemido
se fía en vano de la peña al hueco;
vagando allí sin claridad ni ruido,
quieren ver, y no hay luz; si hablan, no hay eco.

Sobre el planeta, ó muerto ó moribundo,
el sueño ó insomnio los fantasmas velan,
cual sobre el mar del Norte tremebundo,
imperturbables, las gaviotas vuelan.

Persiguiendo á sus viles asesinos,
gimiendo de ira, y de furor inquietos,
blanquear se ve por todos los caminos,
como un rastro confuso de esqueletos.

Marchan también aquellos que furiosos
quieren morir, pero morir matando;
los que aman mucho y bien, y que, celosos,
de ganas de llorar van reventando,

Y sus penas, ó ciertas ó soñadas,
agrandan con su loco pensamiento,
llenando sus mejillas inflamadas
con lágrimas de rabia y sentimiento

LA MARQUESA DE ASTORGA

Dando un grito de celos espantoso,
dice una dama á Paz: ¿Tienes marido?
Arrancado por mí, fué por mi esposo
el corazón de otra mujer comido.

»¡Sí, castigué su proceder villano! —
siguió diciendo la ofendida esposa,
— sirviendo á mi marido por mi mano
el corazón de una rival dichosa.

»Dispuse un gran festín: y, ¡oh! ¡qué con-
mis huéspedes cantaban y reían! (tentos
Y yo ¡cuánto gozaba al ver que, hambrientos,
de mi rival el corazón comían!

»¿Es bueno ese manjar? ¿Está sabroso? —
con fingida bondad dije al villano;
y con bondad fingida el falso esposo,
— «Como hecho, contestó, por esa mano. —

»¡Toma el postre!, añadí, y eché, terrible,
ante él, rodando, la cabeza de ella.
¡No hay un placer como el placer horrible
de ver tan fea á una rival tan bella!

»¡Oh! ¡qué gesto! añadí, ¡qué extraño gesto
presentaba aquel rostro ensangrentado!»
Y la infeliz reía, al decir esto,
como ríe el dolor desesperado.

»¡Al ver aquellas caras espantadas, —
la Marquesa siguió, — libre de penas,
no arrastrando ya puntas aceradas,
dulce la sangre circuló en mis venas!

»Después, loca de atar, en un convento,
tras del tumulto aquel, busqué un asilo;

y, aunque ya estaba de sospecha exento,
no vivió en él mi corazón tranquilo.

»Pues no logró alcanzar la suerte mía
el ver completa la venganza aquella:
¡si de ella el corazón ví que él comía,
no pude ver el de él comido de ella!

»No; nada basta á una mujer celosa
cuando ama y odia y de vengarse trata.
Para saciar su rabia es poca cosa
matar y hacer comer lo que se mata.»

Acongojada Paz cuando esto oía,
al oído de Honorio hablando quedo,
«Partamos, hijo mío, — le decía, —
que esta pobre mujer me causa miedo.»

Vieron después á un hombre que, llorando,
partía de dolor los corazones,
y que llegó hacia ellos murmurando,
como el loco que reza imprecaciones;

Y — ¿Cuál es tu pesar? — también gimiendo
le pregunta al fin Paz, transida el alma.
Miró el de Castro, y contestó diciendo,
con el tono aparente de la calma:

DON FERNANDO RUIZ DE CASTRO

«Mi esposa Estefanía, que está en gloria,
fué del Séptimo Alfonso hija querida;
desde hoy sabréis, al escuchar su historia,
que hay desgracias sin fin en nuestra vida.

»Yo la maté celoso; y si, remiso,
no me maté también la noche aquella,
fué por matar después, si era preciso,
á todo el que, cual yo, dudase de ella.

»Cierta Conde Don Vela Estefanía
la profesó un amor que ella ignoraba;
y Fortuna, una dama que tenía,
al Don Vela, á su vez, idolatraba.

»Por las noches Fortuna, artificiosa,
mientras que su ama se entregaba al sueño,
disfrazada y fingiéndose mi esposa,
hacia al Conde de sus gracias dueño.

»En mi parque, una noche, hacia una umbría
llegar ví á una mujer, y á un hombre á poco;
luego, el nombre al oír de Estefanía,
¡ay! yo pensé que me volvía loco.

»Torno á escuchar de Estefanía el nombre:
por vengarme mejor, mi rabia aplazo;
mas ví después á la mujer y al hombre
confundirse los dos en un abrazo,

»Y — ¡en guardia! — grito al hombre; él se prele acoso airado, y con valor me acosa, (para, y mientras mato al Vela cara á cara, huye la infame que creí mi esposa.

»Dejo allí al Conde, atravesado el pecho, y persiguiendo á la mujer que huía, ví á la luz de una lámpara, en su lecho, dormida dulcemente á Estefanía.

»Aquel sueño de paz juzgo fingido; la despierto, me ve, me echa sus brazos, y con mi daga, entre ellos oprimido, hice, feroz, su corazón pedazos.

»¿Me matas? — dijo, y contesté: ¡De celos! — ¡Loco! — gritó; y al ver que me abrazaba, — ¡Cuál te amaba! exclamé; y ella á los cielos miró, y dijo al morir: — ¡Cuánto me amaba!

»Sentí luego una puerta que se abría, y al resplandor de la naciente luna, con el traje salió de Estefanía, cual siniestra sonámbula, Fortuna.

»¡Bárbaro! — dijo; — la mujer que ha huído no es tu esposa feliz, que muere amada; ¡yo soy quien, disfrazada, he recogido el precio vil de una pasión robada!

»Perdona, Castro, la demencia mía; te dejó honrado, aunque de angustia lleno; y pues muere entre sangre Estefanía, es muy justo que yo muera entre el cieno.»

«Y así diciendo, del balcón abajo se echó Fortuna de cabeza al río, y al ruido que hizo, al recibirla, el Tajo, bañó todo mi cuerpo un sudor frío.»

Era de Castro la amargura tanta, que al furor reemplazando la tristeza, ronca la voz y seca la garganta, cayó sobre su pecho su cabeza.

Y concluyó: «¿No es cierto que debía matarme yo también la noche aquella? Mas, si faltase yo, ¿quién mataría al que dudase de mi honor y el de ella?»

Viendo Honorio que Castro sepultaba entre sus manos la abatida frente, imitando á su madre, murmuraba: — Odía el crimen; perdona al delincuente. —

ESCENA XL

El pecado de la soberbia

LUGAR DE LA ESCENA: Una estrella nebulosa

PERSONAJES

PAZ — HONORIO. — ISABEL DE INGLATERRA

ARGUMENTO

En el astro donde purgan sus pecados los soberbios, ven que un ángel, al pasar, se cubre el rostro para no ver á Saul, á Jerjes y al rey Poro. En el fin de un promontorio, que se adelanta hacia el vacío, hallan á una mujer que les cuenta el fin de los soberbios, despreciados por Dios y por los hombres. Pregunta Paz á la mujer su nombre, y le dice que es Isabel de Inglaterra, y les refiere la historia del anillo que, en prueba de amor, dió al Conde de Essex, el cual, condenado á muerte, se lo remitió, en prueba de sumisión, por su enemiga la Condesa de Nottingham, quien lo guardó, en vez de entregarlo; y concluye diciendo que, creyéndose despreciada, le dejó morir en un cadalso.

Los astros y los astros explorando, que pueblan á millones el vacío, desde el sol hasta Urano, van pasando de un tórrido calor á un grande frío.

Y hasta ver si por último consiguen el fin hallar de los humanos duelos, por el camino de las almas siguen en busca de otros astros, á otros cielos.

Y ven que Dios, con paternal constancia, fecundados por rayos estelares, esparce en el espacio, en abundancia, los mundos habitados á millares.

En un día de luto, al fin hallando una oscura región, que el sol olvida, cuando ya casi casi iban llegando al confín del imperio de la vida,

Allí donde, si un astro adorna el cielo, cercándolo el vapor, se espesa y llueve, y luego que á la tierra enfría el hielo, sobre el hielo después cae la nieve,

La estrella vieron, nebulosa y fría, en donde Dios á la ambición destierra, rodeada de esa atmósfera sombría de los meses más tristes de la tierra.

Y miran con horror que, sepultados de aquel planeta entre el brumoso velo, sufriendo los soberbios, olvidados, el desdén y la cólera del cielo,

Se mueven con afán, y sus figuras apenas en las sombras se bosquejan, entre el claro vapor de las oscuras tinieblas, que se ven, y ver no dejan.

Por más que los soberbios se movían, á una angustia febril abandonados, sus siluetas, vagando, parecían contornos de fantasmas anublados.

Solos allí, sin público y sin gloria, se olvidan ellos mismos de sus nombres, entregadas su fama y su memoria al desprecio de Dios y de los hombres.

Con tal desdén el cielo los miraba, que ante Saúl y Jerjes y el rey Poro, por no verlos un ángel que pasaba, cubrió su rostro con sus alas de oro.

Y Honorio, contemplando la tortura que sufren estas almas orgullosas, «¿Qué son, — se preguntaba, — á tanta altura, los grandes hombres y las grandes cosas?»

Vieron después que una mujer se hallaba sentada en lo más alto y lo más frío del pico de una roca, que formaba el fin de un promontorio en el vacío.

Y audaz, una respuesta previniendo al ver llegar á entrambos, altanera, sin ponerse de pie, y el rostro irguiendo, les dijo á Honorio y Paz de esta manera:

«Rodeados siempre de perpetuo olvido, traer á este lugar, al cielo plugo, á cuantos reyes fueron y han vivido sentados en el trono del verdugo.

»En su fiebre de ruidos y de honores, nadie los oye aquí, nadie los nombra, no siendo, en este limbo de vapores, ni siquiera seguidos de su sombra.

»Como hijos del favor, á alzarse prueban, cual Don Rodrigo Calderón, del suelo, muchas vanas cabezas, que se elevan, como la espiga sin granar, al cielo.

»Vanos como él, y de la propia suerte, alzan otros su frente coronada, ministros implacables de la muerte, asquerosos andamios de la nada.

»Quien no tuvo jamás, ni dió reposo, si grande algunas veces, siempre fiero, aquí marcha, Alejandro el poderoso, de reyes y de pueblos carcelero:

»Venciendo el infeliz, tomó por gloria, de la tierra las glorias movedizas, y el mundo fué llenando con su historia, para dejar detrás sangre y cenizas.

»No hallan aquí, cual fúnebres estelas, los que el mundo pasaron á degüello, los mármoles, los templos y las telas, despreciables espectros de lo bello.

»En vano, en sus inútiles afanes, fueron, haciendo ó deshaciendo leyes, los pueblos erupciones de volcanes, y los palacios cárceles de reyes;

»Que esta es la gloria y el honor que espera á esos pobres verdugos coronados, que han podido pasar la vida entera delante de sí mismos prosternados.

»¡Soberbia inútil! Cuando Dios se enoja, pone en el fiel, con lúgubre misterio, un gran imperio, á veces, y una hoja, y pesa más la hoja que el imperio.

»Haciendo al cielo y á la tierra injurias, no han llegado á saber los miserables que son tan sólo del amor las furias las únicas soberbias perdonables.»

Y Paz notó que, al recordar, celosa, las furias del amor abandonado, mucho más humillada que furiosa, pasó su faz del rojo hasta el morado.

ISABEL DE INGLATERRA

«Pues ¿quién eres?» la dice; y responde ella, clavando las palabras en su frente: «Soy la vestal que apellidaron bella, sentada sobre el trono de Occidente.

»Yo dí un anillo á un hombre; el alma mía ignora si, tal vez enamorada, á aquel hombre adoró más que debía en mi rasgo de virgen coronada.

»Toma, le dije; aunque tu amor me ofenda, y te acose la envidia, vive cierto que siempre has de encontrar, con esta prenda, mi corazón á la piedad abierto.

»Como á veces infiel se rebelaba, fué á muerte el hombre condenado un día, y por más que yo amante lo aguardaba, el anillo fatal no aparecía.

»Dudé una vez y dos; por vez tercera el fallo irreparable fué firmado, y á su altivez correspondí tan fiera, que el fallo, por mi mal, fué ejecutado.

»Para mí, en su prisión, la prenda amada dió á una mujer que se fingió su amiga; mas se guardó el anillo la malvada. ¡Que Dios, cual la maldigo, la maldiga!

»Yo, que esperaba con tan mala suerte su entera sumisión y su ternura, me creí despreciada y le dí muerte; mas él murió creyéndome perjura.